

Un ideal traicionado

John Jaime Correa

Reseña: Un ideal traicionado: vida y muerte de los movimientos estudiantiles en el ELN.

Título: Un ideal traicionado: vida y muerte de los movimientos estudiantiles en el ELN. Intermedio Editores. Bogotá, 2006.

Autor: Acevedo Tarazona, Álvaro

Recibido: Noviembre 15 de 2006; aprobado, noviembre 30 de 2006.

Cuando la revolución sin alma es tiranía y la escritura es más que pose erudita o positivista.

El texto de Álvaro Acevedo Tarazona: *Un ideal traicionado: vida y muerte de los movimientos estudiantiles en el ELN* nos remite al fervor de las luchas estudiantiles en los años 60, a la formación de las guerrillas en Colombia y a un triste epílogo cerrado por la implacable justicia revolucionaria, en un caso más no sólo de desencanto político, sino de extrema animadversión hacia el enemigo, y en este caso, mucho más virulenta cuando se trata del enemigo interno dentro de la propia organización por disputas ideológicas, o por problemas de representación y jerarquías. Ésta muy bien podría ser una apretada síntesis que nos trae a cuento el autor en su libro “Un Ideal Traicionado”: Se trata de historias de vida entrecruzadas por las utopías revolucionarias y el conflicto político, y entretrejidas por medio de la literatura y la crónica histórica.

La novela, a lo largo de 17 capítulos y una muy interesante recopilación fotográfica que contribuye mucho para que el lector se meta de lleno en el libro, se concentra en particular en la biografía revolucionaria del líder estudiantil Jaime Arenas Reyes, de la Universidad Industrial de Santander, junto con sus compañeros mártires Heliodoro Ochoa, Julio César Cortés y Víctor Medina Morón, de quienes podríamos decir que se trató de una generación trágica de jóvenes prometeos ensangrentados y sacrificados en su ideal de traer el fuego liberador para la sociedad colombiana. Al lado de ellos, la figura de su esposa Elsa y su dos hijas, su tía Tula, sus padres y hermanos, Sadith, su compañera sentimental tras su separación de Elsa y muchos otros nombres más; también se filtran, por momentos, los nombres del cura Camilo Torres y de Luis Carlos Galán, quienes llegaron a ser muy cercanos a Arenas –y como se ve, todos compartieron un destino trágico en medio de la atrocidad del conflicto armado en el país-; y por supuesto, también ocupan un especial lugar los nombres de los hermanos Vásquez Castaño, fundadores tradicionales del Ejército de Liberación Nacional, en especial el de Fabio, con quien Arenas tuvo una enconada rivalidad.

No quisiera detenerme en hacer el recuento pormenorizado de los diferentes personajes o episodios que enmarcan el devenir de la novela. La invitación es a su lectura, porque sin duda su trama es apasionante y los discursos de los personajes recobran una inusitada vitalidad. Es muy probable que el libro motive a muchos a querer recordar el pasado heroico de los movimientos estudiantiles de aquellas épocas; para otros podrá servir de argumento para manifestarse en contra de cualquier forma de lucha armada y que hoy se suele denominar eufemísticamente

como terrorismo. Igualmente es probable que para otros la novela despierte la susceptibilidad de aquellos defensores a ultranza de los cánones estéticos de la literatura, o que por el contrario, alerte a los juiciosos y circunspectos cultivadores del jardín de Clío, la musa de la historia. De lo que si estoy seguro es que la obra que hoy nos pone a disposición Álvaro Acevedo, al remover los vestigios y memorias de un pasado reciente, aporta notablemente al enriquecimiento de la literatura histórica de nuestros conflictos.

Y es que en efecto, la novela “Un ideal traicionado”, puede ser abordada en muchos sentidos. La novela se mueve entre la literatura y la historia. Acevedo hace un recuento veraz de los hechos que enmarcaron la vida de Jaime Arenas, a través de las muchas fuentes que el autor conoce de tiempo atrás en sus investigaciones sobre luchas estudiantiles en Colombia, pero a su vez, el autor entra en el campo de la literatura intentando situarse en la piel de sus personajes, asumiendo sus voces cargada de sueños, ideologías y desengaños; pero de manera muy especial, nos hace sentir en muchas ocasiones el vértigo de la muerte que ronda a sus personajes y que nos es a veces tan familiar: durante los fusilamientos de sus compañeros en pleno campamento del ELN; en el momento de su desertión y huida a través de la selva, y en especial, en el momento de su asesinato en Bogotá, en el año 1971.

Han sido muchos los fecundos emparentamientos que conocemos entre la historia y la literatura. Sabemos mucho más de la Roma antigua a través de inigualable biografía que Shakespeare escribió sobre Julio César, o través de las vidas de los emperadores Claudio o Adriano, a través de las obras de Robert Graves y Marguerite Yourcenar, respectivamente, que por la obra de connotados historiadores. Los eternos problemas de las pasiones humanas por el poder han ocupado miles de páginas en la literatura universal. Para no ir muy lejos podríamos citar a García Márquez con su obra “El General en el laberinto”, que es de obligatoria consulta sobre la historia de la vida de un hombre de la que todos nos creemos dueños. Como historiador yo me cuestiono: ¿En medio de tanta tinta derramada sobre nuestra parcializada historia de batallas y caudillos, quién ha logrado ponerse más cerca del corazón del Libertador que el escritor de Aracataca, así no sea cierto

que no fue una tarde lluviosa de un martes 24 cuando el héroe partió hacia Santa Marta en búsqueda de su lúgubre final?

Retomo el caso que nos convoca: Álvaro Acevedo escribe con pulso firme, pero cargado de mucha nostalgia, porque además la inspiración del autor no es sólo académica, sino personal, ya que como nos cuenta en unas notas finales a manera de epílogo, él vivió en su natal Santander durante su infancia y adolescencia, al calor de estas historias contadas y recontadas mil veces, unas veces en tono épico y otras veces en tono trágico. Podríamos decir que el autor asume un riesgo temerario en muchos sentidos. IncurSIONa en la literatura, toma como modelo narrativo la historia de vida –o biografía–, pero además remueve las memorias sobre el pasado de un personaje de carne y hueso, que para nada pertenece al campo de la ficción. El texto puede tocar resortes muy íntimos con respecto a los sueños de toda una generación, y en esa medida estoy seguro que generará comentarios encontrados.

En este lugar de perplejidad en el que he querido situar mi presentación del libro me pregunto por sus posibles formas de recepción, en especial, por los posibles señalamientos que puedan surgir contra la novela, el protagonista y por qué no, contra el autor. Igual inquietud me surge sobre los lugares de donde pueden provenir las críticas o los reconocimientos: desde la academia –en las Escuelas de Literatura como de Historia–, desde las trincheras políticas, desde las columnas periodísticas o desde quienes también compartieron vivencias con el personaje. ¿Qué importará más: la imaginación, el estilo o la prueba del testimonio veraz?

Quisiera por un momento pensar en el difícil lugar del escritor que explora los terrenos fronterizos y yuxtapuestos entre la historia y la literatura. En muchos casos los problemas provienen cuando por ejemplo el historiador empieza a exigir una mayor rigurosidad histórica en la narración de un hecho, lo cual le podría restar agilidad estilística al relato novelado, y ahí vendrían entonces las críticas de los literatos. Milán Kundera dijo en alguna ocasión que “al único que debe rendir cuentas un escritor es a Cervantes”, y que lo demás podrán ser reclamos muy eruditos o apasionados ante los cuales el escritor no debe blandir más que el dominio

de su oficio: es decir, dar cuenta de una sólida construcción narrativa, con unas buenas y profundas bases gramaticales, erguida con un estilo vital, no importando que la argamasa de las paredes centrales contengan en muchas o pocas cantidades acontecimientos propios de la historia. Cabe decir además que los hechos del pasado puestos en la pluma del escritor no son gran cosa en sí misma, ni garantía de nada, si se carece de la imaginación y de unas buenas técnicas narrativas. El escritor tiene que vérselas con la misma dificultad o facilidad tanto si el tema tratado ocurrió o no ocurrió, si se lo inventó o se lo contaron, si acaeció efectivamente o si tiene que ver más con la leyenda. En todos los casos, el escritor se encuentra ante el reto de hacer verosímil lo que cuenta y de tocar con arte su relato. Y considero que el libro de Álvaro Acevedo lo logra en muchos pasajes.

Pero otro mérito adicional que le abono al esfuerzo de mi colega, es su resistencia y rechazo a la historia mal contada, aquella que carece de las palabras, el estilo, el tono, los acentos y la emoción que logren conmocionar efectivamente al lector, sea éste novel o erudito. En muchas ocasiones los historiadores nos hemos movido vacilantemente entre ofrecer datos precisos, demostrando un rigor positivista, pero con una escritura rígida o muy plana, o entre la buena narrativa, llenando incluso vacíos históricos con ficciones literarias, como diría Pedro Gómez Valderrama, el autor del libro “La otra raya del tigre”. Y no se trata de dejar a la deriva el pasado, sino de expresar sus opiniones del mismo a partir de las ventajas que goza en su calidad de creador y conocedor, como es el caso de nuestro autor, que hoy ponemos en la palestra pública.

En síntesis, podría decir que la obra “Un ideal traicionado” nos hace sentir la necesidad de aclarar, a viejas y nuevas generaciones, muchos acontecimientos de nuestro turbio pasado reciente. Los tribunales de la justicia y la verdad urgen de memorias para la reparación. Es muy significativo que además del reciente informe de la Comisión de la Verdad sobre los hechos del Palacio de Justicia, salgan a la luz textos como el de Héctor Abad Faciolince sobre el asesinato de su padre Héctor Abad Gómez –conocido defensor de los Derechos Humanos–, pero que igualmente que un autor como Mario Mendoza, conocido por su novela “Satanás”, publicara hace poco la novela “Cobro de sangre”, en la que en medio de personajes imaginarios inmersos en ciudades reales, nos habla de conflictos, odios y pasiones reales. Me pregunto cuántos libros sobre nuestros conflictos pasados y recientes están aún el tintero a la espera de empezar a tomar formas literarias. Álvaro Acevedo ya asumió su propio riesgo escritural, y es un gusto poder acompañarlo de cerca, de manera cómplice, en esta aventura. Me queda por decir que aún hay abiertas muchas heridas que no cicatrizan en nuestro país; que también nos urge la necesidad de la buena escritura, trátese de historia o literatura; y que tiene pleno sentido la cita del poeta nadaísta Gonzalo Arango, quien escribió con motivo de la muerte trágica de Arenas, que “la revolución sin alma es tiranía”.

John Jaime Correa

Magister en Ciencias Políticas - U. de Antioquia - Colombia.

Profesor Universidad Tecnológica de Pereira